

'EL SAROLIMIDO'

Poemas y Cuentos de ROBERTO ARAYA GALLEGOS
Comentario de LUIS AGONI MOLINA

b3p 2/8

He aquí el primer libro de un joven valor de la literatura chilena que se mueve con soltura entre la lírica y la narrativa y, lo que es un logro muy significativo dentro de una unidad temática perfecta, no obstante las dos partes en que se divide la obra y los dos géneros utilizados.

Los temas y motivos de Roberto Araya han sido en general poco explorados por los escritores chilenos; incluso dentro de la literatura universal sólo Hermann Hesse en "El lobo estepario" y Jorge Luis Borges en la mayoría de sus cuentos, entre otras obras, se han atrevido a penetrar en estos ocultos e inquietos terrenos.

No se trata de una creación intelectualizada al máximo, no; la florida, la bella literatura, prima sobre las ideas y los símbolos manteniendo una completa armonía.

¿Pues de qué habla Roberto Araya? Del hombre, indudablemente, de qué otra cosa puede hablar el escritor. Pero lo hace desde una perspectiva literario-filosófica y antes que nada, poética. En poética que en cada poema, en cada cuento de este escritor, hay una búsqueda desesperada por la identidad del hombre y una profunda interrogante por el Ser combinándose de este modo la ficción literaria, la metafísica, la ontología y la antropología filosófica en una obra que merece todo nuestro atento.

¿Qué es el hombre? ¿qué somos? ¿quién es? Y el poeta empieza a darnos algunas respuestas: "Yo soy el transitorio espíritu humano", "Yo soy el que

manda cartas a los cielos" ocultando aún más el nombre anónimo bajo un seudónimo... "El hombre, entonces, para Araya es un hombre-masa, anónimo e imperceptible, pero que tan poco quiere ser percibido a pesar de su transitoriedad y "vivirá su muerte hasta el último día".

Y del hombre en sí como unidad existente, nos remontamos a los reducidos al plano cósmico, universal. ¿Qué es en último término el hombre? ¿qué quedará finalmente de él? Nada más que materia, la perenne materia transmutándose gracias a la energía en vida y como tal, como materia viviente, tal no tiene edad. Y el poeta se identifica con ella hasta en su sufrimiento: "Yo soy tan viejo como el Cosmos" y he sentido en mí todo el dolor de la materia". Y como tal "me he matado en todos los cadáveres del pasado" y me he disgregado en la carne de todas las seres y las plantas". Y como conciencia viviente, atravesé palabras de Sócrates, Platón y Pitágoras y aprendí también y juré venganza a los pies del Gólgota". Sin embargo, en un impulso propio del ser que lleva la muerte en sí mismo, "así me sin piedad en todas las guerras".

Llegamos así al poema "La cumbre", inspirado, sin duda, la "Alegoría de la caverna" de Platón, en el cual muestra otra dimensión del ser humano: el hombre es también un peregrino que sube penosamente la montaña de la Vida para alcanzar la Verdad y cuando la alcanza, su luz lo ennegrece hasta

hacerlo perecer. Verdad y muerte se unen, entonces, en un nuevo acto de transformación de la materia, en el paso de un estado a otro.

Y al final, significativamente en los últimos poemas, ya se vislumbra una posibilidad de resaca: "Ah, si es Dios mismo que me busca a mí mismo" en los alaridos de nuestro propio llanto".

¿Quién somos, por ende? ¿quién es el que existe en última instancia? "Si es sólo El quien vive nuestras vidas". El hombre, por lo tanto, no es más que una parte del Ser. Y este Ser no es otro que Dios. Sólo El existe sólo El es.

Este es el derrotado filosófico-existencial que Roberto Araya marca en su obra; de ahí que cada uno de sus cuentos sea una verdadera alegoría, metafísica y ontológica.

En relación a los cuentos, que son solamente tres, cabe decir que se caracterizan por una sensación de pesadilla y absurdidad. Los tres buscan también básicamente la identidad del ser humano, es decir, qué es cada uno de nosotros.

En el primero, "He soñado", se desarrolla la alegoría del fuego como símbolo de la primera materia viviente que se trasciende a través de distintas etapas. En el aspecto material y vital del ser humano. Ya los primeros filósofos griegos (Heráclito, por ejemplo) sostuvieron que el mundo había nacido del fuego. Aquí se trata de un fuego-vida presentado en un tiempo circular es decir, que todo nace y vuelve a morir en el mismo

punto, en un limbo temporal, material y espacial en que el fuego va "viviendo" momentáneamente cada uno de los seres que existen.

En "El Sarolimido", que da título al libro, nuevamente se plantea el problema de la identidad del ser humano, pero ahora dentro de un mundo absurdo e infernal que donde el amor es también instrumento de la muerte. El hombre busca su propio ser, pero no lo encuentra, no es él ni ningún otro o, lo que en el fondo va a dar lo mismo, es él y los otros al mismo tiempo, cualquiera de los otros. Esa es la historia de Brude y Isaac, dos jóvenes, que se repiten pero al vivo, fundiéndose el uno con el otro; el "otro" en este caso serían las fuerzas instintivas y vitales ocultas en lo más recóndito de cada persona.

Pero esta unidad cual sólo es posible después de un peregrino tormentoso y que sólo se alcanza al borde de la muerte. La muerte es tan simbolizada por una mujer, Nadi, (Nada), quien acuciadamente le pregunta a Brude o Isaac: ¿qué te va esta noche?

En "La Catedral", el último cuento, ya se plantea más expresamente la problemática acerca del Ser, incluso con un despliegue de términos filosóficos que nos pareció innecesario. Aquí la vida es sólo vista a la distancia: un lago de aguas tranquilas y una noche oscura. Luego todo concluye inevitablemente en la muerte, esa muerte que permanecerá siempre, quizás la única que será siempre igual a el mismo.

La Prensa, Buenos Aires, 3-VI-1946. p.3.

"El Sarolimido" [comentario] [artículo] Luis Agoni Molina.

AUTORÍA

Agoni Molina, Luis, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El Sarolimido" [comentario] [artículo] Luis Agoni Molina.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile